

PASEOS POR GRANADA CON PITT-RIVERS

José Antonio González Alcantud¹
Universidad de Granada



“Seren du silence ô peuple de lanternes
Maisons fantômes coqs fantômes ta rumeur
Nocturne unique au monde et les fraîches cavernes
Où d’avoir trop vécu le flamenco se meurt”
(Cocteau, 1961).



Julian Pitt-Rivers ha sido tratado en diferentes facetas, o va a serlo con motivo de su reciente muerte. Honestamente, por mi parte, creo que no debería incidir más en los aspectos teóricos contrastados de la obra teórica del antropólogo británico, y por supuesto tampoco voy a traer a colación las críticas que se le han hecho, desde unas antropologías frecuentemente alicortadas. Quisiera aquí exponer mi visión exclusivamente *humana*, y no por ello anecdótica, de una antropólogo de referencia, al cual traté en persona en diversas ocasiones. Y lo voy a hacer a través de sus visitas a Granada, la ciudad andaluza que a mí como aborigen de ella me es familiar.

Traté a Julian en Granada al menos con motivo de tres visitas suyas: una en el año 1987, las otras en 1992, en pri-

¹ Director del Centro de Investigaciones Etnológicas “Ángel Ganivet”, de la Diputación de Granada, y Profesor Titular de la Universidad de Granada.

mavera y otoño de ese año. Siempre con ocasión de reuniones científicas. Julian me decía que él conocía bien Granada, desde los años cuarenta, e incluso había pensado en algún momento establecer su terreno de campo en esa provincia. Además recordaba con agrado haber trabajado en la, para él, magnífica hemeroteca granadina de la Casa de los Tiros. Sólo la insistencia de don Ramón Carande, a la sazón en Sevilla, indicándole el camino de Grazalema, donde realizaría su célebre monografía, probablemente acabaría por disuadirlo de estos proyectos granadinos, en cuyo horizonte no pudo estar lejos la experiencia de su connacional Gerard Brenan y, en general, la memoria de los viajeros británicos románticos y tardorrománticos. A una interpelación mía sobre esta cuestión me contestó, en una entrevista que le realicé con motivo de su visita de 1992:

«En aquella época era poco conocido[Brenan] a no ser por un libro reciente *El Laberinto español*. Es un libro fantástico porque es un análisis de la sociedad española no vista por arriba, sino por debajo. Llegué a conocerlo más o menos bien, aunque no completamente, además le gustó mucho mi libro sobre Grazalema. Fue una ayuda para mí, además de profesarnos una gran simpatía».

Julian venía de la experiencia aristocrática de haber sido, como es bien conocido, preceptor del rey Faisal de Irak. No conocía el español, y arribó prisionero, como él mismo confesaba, de los mitos orientalistas, que presentan a los españoles como descendientes de los árabes, lo cual muy pronto descubrió era absolutamente falso. Se interesó por el anarquismo:

«Como le dije [a don Ramón Carande] que estaba muy interesado en el fenómeno anarquista en Andalucía, me aconsejó que fuera a Grazalema. He tenido que dar otras explicaciones anteriormente para que don Ramón no saliera malparado, por haber ayudado a un anarquista extranjero muy peligroso».

Su interés por el anarquismo no pudo materializarlo intelectualmente. ¿A quién se le ocurriría que un inglés pudiese andar libremente por la España de la posguerra inquiriendo por los anarquistas, cuando estaba aún vivo y actuante el maquis?

A Julian, que ya había sido tomado como cabeza de turco de una Antropología que le criticaba con desagrado incluso su trabajo de campo de finales de los años cuarenta, parecía importarle un bledo literalmente todo: lo recuerdo en la visita de 1987, con motivo de un Seminario sobre rituales festivos organizado por la Casa de Velázquez, tumbado, en uno de los largos bandos tapizados de terciopelo rojo, todo lo largo que era, en la Sala Caballeros Veinticuatro del Palacio de la Madraza granadino. Nos acercamos a él por sí se encontraba enfermo, y nos dijo que no, que sólo estaba descansando. Señal inequívoca de su libertad de espíritu, de su ausencia de constreñimiento social, el aristócrata inglés reposaba a pierna suelta, donde ninguno de nosotros hubiésemos osado hacerlo: en un lugar cargado de nobleza e historia. Esto no quiere decir que su alma fuese dura, en absoluto, y ello lo demuestra el que en el fondo sí estuviese *dolido* con esta furia desatada contra la validez de su trabajo, pero su otra cara de hombre noble le hacía obviar lo anterior.

La segunda oportunidad en que Julian estuvo en Granada fue con motivo de una serie de conferencias que bajo el título "Toros y Razón", se había organizado en el Centro de Investigaciones Etnológicas "Ángel Ganivet", en la primavera de 1992, casi al poco de ser fundada esta institución, y cuando aún no contábamos ni siquiera con sede propia. El ciclo en el que intervinieron además de Julian, Perico Romero de Solís, Frédéric Saumade, Alberto González Troyano y Manolo Delgado, fue un auténtico fracaso de público. El salón de actos del Palacio de los Condes de Gabia, donde se celebró el evento, estuvo casi vacío todos los días. Yo había soñado con que aquel simposio fuese capaz de reunir a aficionados e intelectuales; cuando pasaba delante de los locales de la peña taurina de Granada, situados estratégicamente frente al Ayuntamiento, creía percibir que de su sala de periódicos se desprendía hambre de conocimiento. Iluso de mí, hoy incluso ha desaparecido la peña, a pesar de que la afición taurófila va al alza en Granada, como puede comprobarse Corpus tras Corpus, y los archivos de la misma fueron encontrados por un buen amigo en unos cubos de la basura. A pesar de la falta de público, la faena de aquella ocasión fue hacer amistad en torno a los toros, y en esto tuvimos éxito. En un momento de su conferencia Julian se emocionó cuando hablaba de un toro, de *Pajarito* para más señas, que él había visto sacrificar en Tordesillas, en un rito sacrificial que, por su trascendencia simbólica, oponía al sacrificio veterotestamentario del Cordero. Algo muy profundo, debía significar para él: la emoción le hacía aflorar las lágrimas. Se ve que había vivido alguna suerte de *vello erizado*, alguna emoción primaria,

frente a la cual retrocede cualquier esquema racionalista, para disolverse en pura poética.

La última y muy acentuada obsesión de Julian fue querer hacer una película sobre los toros. Durante su intervención en la Primera Muestra de Cine Etnológico, celebrada en el año 1992, en Granada, indicó vivamente su reciente descubrimiento del cine etnológico. De muchos es conocido que quería hacer una película sobre toros, toros de España, por supuesto. Nos dejó un breve escrito descriptivo de este interés (Pitt-Rivers, 1997), en el cual nos informa de los motivos y vínculos personales de la película: en primer lugar su relación con Jean Rouch, el gran etnocineasta francés:

«Propongo ilustrar estos temas por la descripción de una película que estoy realizando actualmente que pertenece a esta clase de «película-ensayo», como Jean Rouch me sugirió llamarlo. Intenta explicar el ‘cómo, cuándo, quiénes y por qué’ del culto al toro y sobre todo por qué tiene tanta importancia para los habitantes de la península ibérica».

Y dada la facilidad con la cual el tema podría resbalar hacia lo surreal, nos advierte:

«Es muy realista y no tiene nada de surrealista». Sigue relatándonos las razones concretas por las cuales decidió acometer el proyecto: una discusión con un cámara de Manchester, «que tenía ganas de hacer una película conmigo sobre las fiestas populares en España».

Y lo que es más importante, servir al grupo, que encabezaban él, Pedro Romero de Solís y Dominique Fournier, para defender la existencia y futuro de la fiesta taurina ante

un Parlamento Europeo que entonces dudaba. «Mi película es, en efecto, lo que yo quisiera que los miembros del Parlamento de Estrasburgo interesados por la cultura española sepan del culto del toro, y por eso que los que me invitaron están queriendo que lo realicemos». Nos avanza Pitt-Rivers el título del filme, "La Pasión del Toro", e incluso los elementos argumentales:

«Tratará de la asociación(...) del toro con la Virgen: (más de la mitad de los toros sacrificados en España lo son en honor de la Santísima), de su calendario que es calendario religioso; el sacrificio del Toro viene siempre después del sacrificio del Cordero porque es necesario para volver del estado demasiado purificado para ser cómodo en la vida cotidiana. Se puede colocar en el plan ritual como contra-rito al del Cordero completando éste, más bien que contradiciéndolo».

Julian estaba hasta cierto punto obsesionado con la película de marras. En su intervención verbal en la muestra granadina de Cine Etnológico, dejó clara la enorme y tardía importancia que para él había tomado el cine. A raíz de este evento, quiso darle un impulso a su film, y me llamó varias veces por teléfono desde Grazalema, donde había ido a parar de nuevo, con motivo de cierta revisión que, de su primera estancia, quería hacer años después, Julian me solicitaba algo inverosímil para mí: una carta de recomendación, para que la televisión regional entrase en el proyecto de película. Hace poco un directivo de esta televisión me confirmó que había estado en negociaciones con Julian, sin llegar a ningún acuerdo, por razones que desconozco. No puede adjudicarse a su presencia en Granada la idea de llevar a cabo una película



Fig. n.º 43.- El Prof. Pitt-Rivers con Pedro Romero de Solís en una taberna de Granada con ocasión de haberse celebrado un Seminario en el que se tocó el tema de los toros y que fue convocado por el Prof. González Alcantud, colaborador en este número de la **Revista** (Fot. de autor desconocido, Archivo de P. Romero de Solís).

sobre toros, pero sí que durante su breve estadía entre nosotros obtuvieron un fuerte impulso sus deseos de hacerla.

El mito Pitt-Rivers ya estaba construido y asentado hacía muchos años. Julian había tenido la virtud de publicar una obra de análisis social que no aburría a los autóctonos, *The People of Sierra*. Una nación como la española auténticamente empachada de literatura y ensayo de débil fundamento científico, que incluso había convertido, a raíz de la generación del 98, el paisaje, en motivo de estudio, necesitaba nuevos criterios interpretativos. El «pueblo» atraía tanto a autóctonos como a foráneos; en él se había depositado la creencia de que era lo mejor de España, ya que las elites habían demostrado una vez tras otra, a lo largo del tiempo, que no habitaban su propia historia. Pitt-Rivers nunca fue hombre de escuela, y tras esta oportuna monografía, que en otras circunstancias quizás no hubiese contribuido tanto a afamar a su autor, varió sutilmente el modelo interpretativo, extendiendo sus análisis a la cultura mediterránea, en clave estructural. Ante mis preguntas, Julian aceptó en un determinado momento que su «estructuralismo» reflejado en algunos ensayos de los años setenta, era un asunto «à la mode». Pero esta influencia estructuralista, levi-straussiana si se quiere, hizo más finos aún sus análisis, beneficiando al conjunto de su obra que pudo salir así del estrecho marco de una monografía de campo a la manera de Oxford. La teoría del sacrificio le atraía enormemente, y en esa lógica, y de la que se infería de su presencia profesional en l'École Pratique des Hautes Études de París, que acogía los herederos de Marcel Griaule, continuó estudiando los toros.

Frente a las críticas que se le pudieran hacer a la teoría sacrificial enarbolada por Michel Leiris, Henri de Montherland, Jean Cocteau y él mismo Pitt-Rivers, siempre sobresaldrá su cualidad cohesiva y lógicamente impecable. ¿Por qué las teorías siempre tienen que ser disyuntivas (ésto o lo otro) y no conjuntivas (ésto y lo otro)?, se pregunta frecuentemente el maestro Lisón Tolosana. Yo creo que aunque no se estuviese de acuerdo con muchas de las apreciaciones de la tesis sacrificial, es tiempo de reconocerle hermosos alcances en materia de interpretación tropológica. El punto de partida es siempre emocional, tan emocional que el francés se sitúa en posición de inferioridad estructural frente al español. Así debido a su admiración hiperbólica por los toros, Henri de Montherland no quería que se supiese que era francés, le herían los cuchicheos a sus espaldas en este sentido. Para Montherland, la corrida era una revelación:

«La corrida de toros fue para el niño [Montherland] la segunda de las tres revelaciones ¿es necesario decir de *su juventud*, o mejor de su *su vida*? La primera había sido la revelación del paganismo por un libro de vidas edificantes. La tercera había sido la revelación de la carne por el corazón». (Montherland,1999:16).

Cocteau también se veía ridículo frente a «esta droga del pueblo de España», y confiesa haber oído pronunciar la palabra *curci* [textualmente; se refiere a *cursi*], (Cocteau,1958: 47) que le intriga y le hiere por igual, porque sabe que son dardos dirigidos contra él.

Michel Leiris abunda en estas impresiones analógicas, las cuales lo conducen tras el cabalismo. «Si llevamos, hasta sus extremos, este análisis o disección, casi cabalística, de la

corrida se podría asignar una significación simbólica a ese mismo alarido –¡La izquierda! ¡La izquierda!– que profieren, tan frecuentemente, los espectadores durante la faena de muleta.» (Leiris, 1995:73). Los apuntes pitt-riversianos, que no son otra cosa que juegos de transformaciones, también abundan en esta línea *casi cabalística*:

«El valor simbólico del toreo sufre dos transformaciones: primero, sacerdote-sacrificador con su capote de casulla-paseo; luego, hermosa mujer en la primera suerte; al final, termina siendo sobresaliente varón, hombre transformado en toro».

Otro ejemplo, de juego de transformaciones:

«Hay que señalar la complementariedad, por no decir connivencia, entre el sacrificio del Cordero y el del Toro. Se celebran el mismo día, domingo o festivo, el uno por la mañana y el otro por la tarde. Antes, las mujeres llevaban mantilla negra para la misa y blanca para la corrida. Los hombres, con cabeza descubierta en misa, y si eran un poco «flamencos», llevaban el sombrero de ala ancha por la tarde. El cordero no tiene cuernos, el toro sí» (Pitt-Rivers, 1984).

Esos juegos analógicos funcionan en los espacios de *l'imaginaire*. Nos hallamos frente a la indagación de la cultura humana como conjunto de díadas, interpretables en términos de *tropos*. Mucho de lo anterior puede ser rastreado en el surrealismo literario y etnográfico. Hablando con Pitt-Rivers en Granada recuerdo que salió a colación la figura de Michel Leiris, quien había quedado fascinado por el toro a través de su contacto con un sacrificio taurómico dogón (Leiris, 1933),

y que posteriormente extendió su fascinación a los toros españoles (Leiris, 1995). Le pedí a Julian que me proporcionase *Afrique fantôme*, la mítica obra de Leiris, que deseaba fervientemente leer. Julian me envió *La possession et ses aspects théâtraux chez les Ethiopiens de Gondar*, que él tampoco había leído y, posteriormente, la obra mencionada.

Volvimos a encontrarnos en varios lugares, lejanos a Granada, y la figura de Julian siempre se erguía con sus cualidades humanas de simpatía y afecto. Con motivo de su homenaje, auspiciado por Salvador Rodríguez Becerra en 1987, comimos en un bodegón cerca de la torre del Oro con otros muchos amigos; yo entonces vivía en Ubrique, el pueblo contiguo a Grazalema, y al cual solía ir a veces andando a través de la calzada romana que aún subsiste que atraviesa la sierra. Me puedo jactar de haber leído *The People of The Sierra* «in situ», gracias a un ejemplar de la primera edición castellana que me prestó un compañero del instituto de Ubrique, donde entonces yo ejercía la noble profesión de profesor. Luego lo volví a ver en Mallorca en 1991, donde hicimos una memorable excursión a la casa solariega, que sobre los acantilados de Valldemosa tenía el archiduque Luis Salvador de Habsburgo, aquel primo de Sissi, que siguiendo los pasos de otras Casas reales centro-europeas, como los Habsburgo praguenses, o los Wittelbach bávaros, se consagraron enfermizamente a la búsqueda de rarezas. Este miembro de la saga de los príncipes y reyes manieristas, se había dado a la etnografía, y había puesto casa en varios lugares del Mediterráneo, entre ellos Mallorca. Finalmente su barco, en el que se movía por el proceloso mar Mediterráneo, acabaría hundiéndose frente a Árgel. Esta historia, contada por

unos caseros herméticos, que parecían salidos de *Il Gatopardo* lampedusiano –al parecer, eran historias casi calcadas, según pude saber luego–, entusiasmaron a Julian. La última vez que coincidí con Julian Pitt-Rivers fue en Purchena a propósito de unas conferencias organizadas por una Universidad estival en aquellas inhóspitas tierras de la sierra de los Filabres. Era un mes de agosto de 1993; Julian se había sentido muy cercano al lugar, según me dijo, a través de la lectura de un pequeño trabajo de investigación mío sobre aquellas tierras almerienses. Me consideré muy halagado, para mí era palabra de sabio. Corría un mes de agosto, tórrido como todos.

El recuerdo póstumo de Julian que conservo ha sido la misa que se le hizo en una iglesia parisina, cercana a la rue du Bac, este otoño último. Fue una tarde de amigos, «l'esprit» del gran antropólogo estaba en el aire. El párroco de la Sorbona evocó con suma inteligencia la relación entre la gracia, estudiada por Pitt-Rivers, y la gracia divina. No tuvo que forzar el argumento, ni hacer falsos elogios fúnebres. Nuestros compañeros Pedro Romero de Solís y Dominique Fournier, junto a Hugh Thomas, oficiaron la parte «civil» del memorial. Una cantante desde el coro nos embriagó con notas austeras y divinas de su voz. Yo investigaba a la sazón sobre los toros en París.

Gracia(s) a Julian.

BIBLIOGRAFÍA:

Cocteau, Jean (1958): *La Corrida du premier Mai*, París, Bernard Grasset,

_____ (1961): *Cérémonie espagnole du Phénix, suivi de la partie d'échecs*, París, Gallimard.

González Alcantud, José Antonio (1993): "La historia soplada. Entrevista al profesor Julian Pitt-Rivers" en *Fundamentos de Antropología*, n.º 2, págs. 162-168.

Leiris, Michel (1933): "Le taureau Seyfou Tchenger" en *Minotaure*, n.º 1, págs. 75-82, París.

_____ (1995): *Espejo de Tauromaquia*, Traducción: Pedro Romero de Solís y Álvaro Martínez Novillo, Madrid, Turner.

Montherland, Henri de [1954] (1999): *Les Bestiaires*. París, Gallimard.

Pitt-Rivert, Julian (1984): "El sacrificio del toro" en *Revista de Occidente*, mayo, n.º 36, págs. 27-47.

_____ (1993): "Taurolatrías. La santa Verónica y los toros". En: *Fundamentos de Antropología*, n.º 2, págs. 67-74.

_____ (1997): "Antropología visual" en AA.VV: *Primera Muestra Internacional de Cine Etnológico de América y Andalucía. Mundos en contraste*. CIE, "Ángel Ganivet", págs. 63-67.